

Libro, en fin, útil y aun necesario dentro de la todavía escasa bibliografía sobre gramática generativa existente en lengua española.

JUAN M. LOPE BLANCH

Centro de Lingüística Hispánica.

UMBERTO ECO, *La estructura ausente: Introducción a la semiótica*, Barcelona, Editorial Lumen, 1972; 510 pp. (Colección *Voz en el tiempo*).

Esta obra constituye uno de los más amplios y ambiciosos intentos realizados con el fin de organizar y sistematizar la semiología o semiótica¹ —según prefiere llamarla el autor—, joven ciencia que aún no ha logrado establecer plenamente sus propios métodos ni ha alcanzado a delimitar plenamente las fronteras de sus extensos dominios.²

El autor de este estudio es un semiólogo procedente del área de la filosofía y la estética, que ha ampliado sus intereses hacia el campo de la teoría de la información y la lingüística. Los principales temas desarrollados son los siguientes: el paso de información entre dos máquinas, presentado como modelo elemen-

¹ En este sentido es paralela a los *Mensajes y señales* (Barcelona, 1967) de Luis J. Prieto, quien, lo mismo que Umberto Eco, ha enfocado su introducción a la semiótica hacia una teoría general de los fenómenos comunicativos, a diferencia de las introducciones que a esta misma ciencia han hecho Roland Barthes (*Elementos de Semiología*, Madrid, 1971), Pierre Giraud (*La Semiología*, Argentina, 1972) y Georges Mounin (*Introducción a la semiología*, Barcelona, 1972), quienes se han preocupado más en divulgar los avances logrados, que en exponer una teoría general. Las actas del primer congreso internacional de semiología celebrado en Varsovia en agosto de 1965 (*Sign, language, culture*, The Hage-Paris, 1970; 705 pp.) constituyen la literatura más amplia y variada sobre la materia.

² Zoosemiótica (comunicación animal), códigos del olfato y del tacto, paralingüística (rasgos suprasegmentales del habla), cinésica y proxémica (movimientos y factores de proximidad corporal que acompañan contextualmente a la comunicación lingüística o que pueden significar por sí mismos), semiótica médica (estudio de los síntomas o signos externos de las enfermedades), lenguajes artificiales (estructuras matemáticas, por ejemplo), lenguas escritas (alfabetos ignorados, códigos secretos), lenguas naturales, comunicaciones visuales (señales de tráfico, banderines navales, grados militares, vestuario, etc.), estructuras de la narrativa, códigos culturales (mitos, tipología de las culturas, modelos de organización social), códigos y mensajes estéticos, comunicaciones de masa (cine, radio, televisión, etc.). Cf. la reseña que el autor hace de estos aspectos (pp. 16-26).

tal del fenómeno comunicativo, en contraste con la comunicación lingüística entre dos seres pensantes ("La señal y el sentido", pp. 47-214); el problema de la iconicidad y de la articulación de los mensajes visuales ("La mirada discreta", pp. 215-319); y los fundamentos filosóficos de la investigación semiótica ("La estructura ausente", pp. 395-470).

En busca de una doctrina que permita el acercamiento a los diversos objetos semióticos y una visión global de los mismos, Umberto Eco parte de la premisa de que "todos los fenómenos culturales son sistemas de signos", o sea que "la cultura es esencialmente comunicación",³ y considera que la semiótica debe trabajar fundamentalmente con la "dialéctica entre código y mensaje", prevaeciente, según él, en la mayoría de los sistemas comunicativos.⁴

La dialéctica código-mensaje es un concepto clave en la doctrina postulada por Eco. En ella soporta el principal fundamento filosófico de su semiótica: "la estructura ausente". Dado que código y mensaje están en constante rejuego, no existe propiamente estructura. Ésta es una creación del analista, y sólo constituye un recurso metodológico, una ficción operativa.

"La comprensión del ser viene a través del lenguaje —dice— y ninguna ciencia puede explicar cómo funciona el lenguaje, ya que precisamente a través del lenguaje podemos vislumbrar cómo funciona el lenguaje...⁵ No hay código, no hay estructura de una palabra, como no los hay del ser... De aquí en adelante, el que quiera explicar los fenómenos de la comunicación, si es

³ Hipótesis poco desarrollada, que aprovecha para justificar la expansión semiótica hacia terrenos de dudosa naturaleza comunicativa como, por ejemplo, la arquitectura.

⁴ Esta dialéctica consiste, para él, no simplemente en las relaciones que guarda el mensaje con el código, gracias a las cuales se arma el primero a partir del sistema de reglas del segundo, sino, principalmente, en la reestructuración del código a través de los mensajes. Para Eco, es característica de los códigos comunicativos el que éstos se encuentran en constante reorganización e, incluso, que puedan ser manipulados condicionando las selecciones y la manera de pensar del receptor (lo cual, desde luego, es sobre todo válido en lo que se refiere a los medios masivos de comunicación).

⁵ Argumento por demás aventurado y censurable, pese al sentido filosófico en que está enunciado. Estrictamente esta afirmación implica la negación de la función metalingüística, plenamente reconocida por lingüistas y semiólogos, incluido el mismo Eco, quien, en lugar de advertir en la capacidad autoreflexiva uno de los principales rasgos distintivos de las lenguas naturales frente a las demás formas de comunicación, procede sofisticadamente concediéndole valor paradójico al hecho de que el lenguaje pueda hablar sobre sí mismo, y declarándole contradictorio.

consecuente, ha de afirmar: a) que el lenguaje precede al hombre y lo constituye como a tal; b) que el hombre no habla el lenguaje, sino que el lenguaje habla al hombre" (p. 444).

Aunque estas filípicas están dirigidas contra los abusos del estructuralismo ontológico (esto es, la postura de que en la esencia de todos los fenómenos comunicativos y culturales subyace siempre una estructura) de autores como Lévi-Strauss, las afirmaciones de Eco caen en el polo contrario, aberrante también, y con el tono especulativo que adquieren no conducen a ningún método práctico en la investigación semiótica.⁶

Generalizando a todos los fenómenos comunicativos las nociones de código y mensaje —mucho menos específicas que las de lengua y habla— y sin referirse en concreto a ningún *corpus* específico. Eco se inclina a ver todos los sistemas comunicativos —incluyendo, desde luego, las lenguas naturales— como organismos inestables, de cambio fugaz, que nunca presentan un estado de plena estructuración (de ahí su estructuralismo metodológico), y, con criterios cibernéticos y matemáticos, los considera como una probabilística, como fuentes entrópicas (desordenadas) expuestas a constantes y diversas magnetizaciones (ordenaciones).

En este sentido, haciendo novedoso algo ya sabido en el terreno de la lingüística, Eco parece olvidar o desconocer la concepción de la lengua como un sistema en sistematización constante,⁷ pero cuyos cambios —muy lentos, como se sabe, y que normalmente pasan desapercibidos para el hablante— no hacen imposible nunca la descripción de un estado de lengua; y parece olvidarse, también, de la dicotomía saussureana diacronía-sincronía,⁸ confundiendo la fenomenología del habla (donde cabe su-

⁶ Quizás resulte todavía demasiado prematuro querer llegar a una conclusión definitiva sobre la naturaleza ficticia o real de las estructuras descritas por el analista, y la adopción radical de un estructuralismo metodológico u ontológico sólo contribuya a crear preconcepciones sobre los objetos estudiados.

⁷ Cf. E. COSERIU, "Sincronía, diacronía e historia; el problema del cambio lingüístico", en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de Uruguay*, 15 (1957), pp. 201-355. Extraña que la rica y aparentemente exhaustiva bibliografía manejada por el autor presente lagunas tan lamentables como la de pasar por alto este extenso artículo, en el cual Coseriu desarrolla varias de las ideas que Eco expone como novedades.

⁸ Nociones confusas para Eco. Por ejemplo, en el mensaje cinematográfico, considera que cada cuadro o encuadre de la secuencia de una película forma la sincronía, y la sucesión de estas unidades fotográficas, la diacronía (cf. pp. 274 y ss.). Sostener esto equivaldría a afirmar que la sincronía

poner que se operan los cambios de pensar momentáneos)⁹ con la inestabilidad de un sistema comunicativo.¹⁰

No obstante lo discutible de la tesis central de Eco, su libro está lleno de consideraciones importantes para todo el que se interese en los problemas semióticos. En cuanto a los signos, presta especial atención a dos aspectos: la noción de *interpretante* y el problema de la relación analógica en los iconos. El *interpretante* consiste en "el significado de un significante, considerado en su naturaleza de unidad cultural, ostentado por medio de otro significante para demostrar su independencia como unidad cultural del primer significante" (p. 86).¹¹ Respecto de los signos icóni-

es cada fonema, y la secuencia de éstos, la diacronía, cosa que nadie que conozca el pensamiento de Saussure se atrevería a sostener.

⁹ Cambios como los de los "ejes semánticos" (semejantes a "las relaciones asociativas" planteadas por Saussure) que Eco (cf. pp. 106 y ss.) propone como modelo de estructuras connotativas ('azúcar' → 'gordo' → 'posible infarto' → 'muerte' *versus* 'ciclamoto' → 'flaco' → 'no muerte' → 'vida') y que un simple mensaje ("el ciclamoto produce cáncer") puede alterar, provocando su reestructuración ('azúcar' → 'gordo' → 'posible infarto' → 'posible vida', *versus* 'ciclamoto' → 'flaco' → 'cáncer seguro' → 'muerte segura'). Sistemas inductivos que difícilmente puede admitirse pertenezcan a la lengua, entendida en el sentido saussuriano, y cuya variabilidad poco puede tomarse en cuenta para generalizaciones sobre el cambio lingüístico, y el de otros pseudosistemas comunicativos (el sistema de expectativas del consumidor, la pintura, la arquitectura, etc.).

¹⁰ Inclusive el hecho de que las lenguas naturales sean sistemas en proceso de sistematización constante, no puede fácilmente generalizarse a todos los sistemas de signos. Algunos de ellos, como las estructuras matemáticas (cf. el análisis que hago sobre "El campo semántico de las cantidades" en este mismo tomo del *Anuario de Letras*), tienden a caracterizarse por ser inmutables: el campo semántico de la numeración decimal, por ejemplo, desde que se creó (circa siglo VIII) no ha variado —no ha dado entrada, ni salida a ningún número— ni es concebible que varíe nunca. Antes bien, la reestructuración de los sistemas de signos, más que una propiedad común a todos los sistemas de signos, debe verse, a nuestro juicio, como un posible rasgo caracterizador de ciertos sistemas, cosa de gran utilidad en semiología.

¹¹ La noción de *interpretante* se debe a Ch. S. Peirce (*Collected papers*, Harvard University Press, Cambridge, 1931), el precursor de la semiótica por el lado de la lógica-matemática. Del *interpretante*, noción no tan clara como las saussureanas de significado y significante, piensa Eco que "convierte a la semiótica en ciencia rigurosa de los fenómenos culturales y la separa de las metafísicas del referente" (p. 205). Lo que Eco quiere decir es que por medio de este tercer elemento dentro del signo (el *interpretante*, además del significado y del significante) se establece un proceso de *semiosis* ilimitada (*díez* → 10 decimal → X romano → = maya, significantes con un mismo significado: 'diez'), que garantiza los procesos de traducción entre todos los sistemas de signos y la posibilidad de que unos se definan con otros (una

cos, sostiene el autor que gran número de ellos, y en particular los de captación visual, no se encuentran soportados en una relación analógica entre significante y referente, como se había venido creyendo, sino en una relación arbitraria.¹² En lo tocan-

palabra con otras palabras: mirar = 'ver con atención'). Sin duda Eco tiene razón en lo que afirma, esto es, que el pilar en que se soporta la semiología es la posibilidad de reconocer unos mismos significados en distintas formas significantes. Claro que resulta interesante reflexionar más sobre este hecho, tradicionalmente sabido. Pero parece algo desmesurado y apasionado el destacarlo novedosa y categóricamente diciendo que es lo que convierte a la semiótica en una "ciencia rigurosa". Y más cuando no lo emplea como eje hegemónico de una introducción a la semiótica y no lo desarrolla ampliamente, lo que sería de esperarse por la importancia que le concede, acusando, inclusive, de "metafísicos del referente" a otros analistas. La "invariante de los procesos de traducción", como llamaría al *interpretante* Claude Shannon (cf. *The mathematical theory of information*, University of Illinois Press, Urbana, 1949) tiene, desde luego, gran importancia dentro de la función metalingüística. Sin embargo, no basta, a nuestro juicio, con subrayar que la posibilidad del análisis de otros sistemas de signos (que no sean las lenguas naturales) reposa en la identidad de significado de distintas formas significantes (+, más: 'relación asociativa'). Es necesario, si se quiere ir más allá de lo tradicionalmente sabido, empezar a dilucidar cuáles son las propiedades metalingüísticas específicas de cada sistema de signos. Así, por ejemplo, el cálculo sentencial de la lógica matemática es el metalenguaje de ciertas estructuras mentales percibidas en ciertos enunciados lingüísticos ($p \rightarrow q$: 'si *pe*, entonces *cu*' = "si Antonio es buen estudiante, entonces la madre de Antonio es feliz"). El lenguaje artificial constituido por el metalenguaje del cálculo sentencial se explica a su vez por el metalenguaje de las lenguas naturales. Si se tomara en cuenta esto, empezaría a advertirse que las propiedades metalingüísticas de cada sistema de signos no son las mismas. Quizá, por medio de este tipo de observaciones, se llegue a encontrar el lugar que realmente ocupan las lenguas naturales en el contexto de los demás sistemas de signos, la posición que la lingüística (donde la lengua es metalenguaje de sí misma) debe ocupar en la semiología (donde la lengua es el último nivel metalingüístico al que puede llegarse, puesto que el lenguaje artificial más alto que pudiera elaborarse con fines metalingüísticos siempre podría o tendría que ser explicado con las lenguas naturales). Esto es sumamente importante en semiología, lógica-matemática, teoría de la información y cibernética, donde el problema de los metalenguajes está a la orden del día.

¹² Arbitrariedad o convencionalidad argumentada a partir de la observación de que los referentes son captados por nosotros de acuerdo con ciertos códigos perceptivos (el de la vista, el del oído, del tacto, etc.), determinados, muchas veces, por la cultura a la que se pertenece, y que lo que reproducen los iconos son rasgos de tales códigos de la percepción, no el objeto físico directamente (cf. pp. 266 y ss.). Observación aguda y penetrante, que —a mi ver— constituye una de las más valiosas aportaciones de Eco, y que viene a enriquecer los criterios desde los cuales debe entenderse la propiedad signica contrapuesta a la arbitrariedad, esto es, la analogía y la motivación (frecuentes en los símbolos), terreno aún en vías de exploración.

te a las inclinaciones estéticas del autor, sobresale su inquietud por extender el análisis estilístico más allá del mensaje poético, revitalizando la retórica tradicional y aplicándola al estudio de los mensajes visuales (cine, pintura, carteles publicitarios, etc.). En lo que atañe al concepto de articulación en semiótica, Eco se declara enemigo de admitir la mecánica doblemente articulada del lenguaje humano como condición para reconocer en un sistema de signos el rango de lengua, y formula el principio de que cada código puede presentar niveles de articulación propios.¹⁸

En resumen, se trata de una obra ambiciosa (por el vasto campo de fenómenos comunicativos que pretende organizar) y polémica, como su propio autor ha querido que sea, fruto de una semiótica que opere dialécticamente. Pese a sus contradicciones, por la multiplicidad de datos acumulados y la variedad de puntos de vista recopilados en ella, está destinada a convertirse en una obra de necesaria consulta entre los especialistas. Para el público no especializado resultará, sin duda, sorprendente encontrar desarrollados temas tan diversos como la cibernética, la publicidad, la arquitectura, la poesía, la pintura, etc. Ante tal público, conforme lo ha subrayado Georges Mounin, libros como éste corren el riesgo de provocar desorientación y falsas interpretaciones, sobre todo en aquellos que comienzan a adentrarse en el ámbito de ciencias como la lingüística y la semiología, pero esto, en última instancia, no es imputable al autor, sino consecuencia de la curiosidad intelectual que ha despertado la materia.

ANTONIO MILLÁN OROZCO

Centro de Lingüística Hispánica.

¹⁸ En lo que se refiere a sus ataques a la doble articulación como concepto delimitador entre lo que tiene cualidad lingüística y lo que no, Eco procede apasionadamente tachándola de "mito" (cf. pp. 258 y ss.) y atacándola con argumentos pueriles (diciendo, por ejemplo, que los naipes de una baraja se doble-articulan en determinados juegos). Su rebelión contra este criterio es atribuible al interés que tiene por objetos semióticos como el cine, el cartel publicitario, la pintura, la música, la arquitectura, etc., que quiere concebir necesariamente como lenguas. Brillantes, por el contrario, son sus observaciones sobre la posibilidad de que los códigos analógicos (con unidades no discretas, que significan por intensidad: 'mas'/'menos') puedan reducirse a códigos digitales (con unidades discretas, que funcionan por presencia o ausencia de rasgos distintivos; por oposiciones: *si/no*), lo cual me parece otra valiosa aportación al enriquecimiento de los puntos de vista sobre las propiedades analógicas y arbitrarias de los sistemas de signos.